

Francisco Fernández Buey: Elementos positivos de la Utopía

Presentación

SALVADOR LÓPEZ ARNAL

«Charles Fourier y los elementos positivos de la utopía» (1974) y «Utopía y vocación científica en la representación socialista moderna de la sociedad capitalista» (1990) son dos escritos de Francisco Fernández Buey (1943-2012) que forman parte de una de las inquietudes y temáticas que acompañaron al profesor de Humanidades de la Universitat Pompeu Fabra hasta el final de sus días: la utopía y los pensadores utópicos, y su consideración y papel en la tradición marxista y en otras tradiciones emancipatorias. Desde el punto de vista del autor de *Marx (sin ismos)*, la afirmación de los principios o tesis generales sobre la sociedad del futuro cobraban un sentido utópico negativo cuando se hacían al margen de la historia, por encima y al margen de la maduración histórica de las contradicciones sociales que podían permitir convertir los principios en realidad. Pero no en cualquier caso, no en toda circunstancia: la utopía podía mostrar también su rostro positivo. Existía, de hecho, un hilo de continuidad destacable en muchas propuestas utópicas: una constante consideración del socialismo, desde Fourier a Marx y desde Hess a Morris-, «como la *pasión razonada* de los de abajo», una formulación que el autor hizo suya.

Conviene recordar, por otra parte, que sin olvidar el hermoso libro (su compañera Neus Porta cuidó al detalle su edición) que publicó en 2007 en la editorial de El Viejo Topo, *Utopía e ilusiones naturales*, cuatro de sus últimos artículos están centrados en esta temática: «Utopía realizable: oxímoron y paradoja», «Como una ola que estallara de risa. Otra

reflexión sobre utopía realizable», «¿Es el decrecimiento una utopía realizable?» y «Dimensión poética de la utopía en el mundo contemporáneo».¹

El prólogo a *El extravió de la razón* de Fourier, el volumen 10 de la colección Hipótesis-Grijalbo que él mismo codirigió con su maestro y amigo Manuel Sacristán, se publicó cuando Fernández Buey, varias veces represaliado por el franquismo, tenía un papel destacado en el movimiento antifranquista de los profesores no numerarios (PNN, los asociados de aquellos años) y cuando las ideas socialistas transformadoras anidaban en la mente y el corazón de muchos ciudadanos y ciudadanas. En España y en muchos otros países. El entonces profesor de Metodología de las ciencias sociales sostiene en su escrito que ya no había ninguna duda de la revalorización de la utopía de Charles Fourier que se estaba «operando en los países de capitalismo avanzado en la última década». Referencias explícitas a Fourier, «y más en general a los filósofos sociales del primer tercio del siglo XIX llamados por Marx y Engels “socialistas utópicos”», las había en las declaraciones de conocidos protagonistas del mayo-junio francés de 1968, declaraciones que desde el punto de vista del estudioso de Gramsci situaban muy en primer plano «la necesidad de oponer un proyecto global de nueva sociedad ante la falta de futuro constatada no solo en la ideología burguesa oficial», dominante en lo que entonces se llamaba capitalismo maduro o capitalismo monopolista de Estado, «sino también en los programas de las organizaciones políticas tradicionalmente mayoritarias de la clase obrera».

Para el autor de *Marx a contracorriente*, Fourier supo captar, tal vez como ningún otro de sus contemporáneos, las contradicciones de la evolución civilizatoria promovida por el industrialismo. Supo ver «las quimeras científicistas ocultas en el desarrollo de la industria maquinista, la confusión o la anarquía reinantes en la producción capitalista, como elemento central explicativo de las crisis de sobreproducción o crisis pletóricas». Esa crítica del industrialismo ponía de manifiesto el carácter “odioso” del trabajo en la sociedad capitalista así como la matizada vuelta a una agricultura básica donde la tradicional división entre trabajo manual y trabajo intelectual desaparecería para dejar paso a la globalidad del trabajo atrayente verdaderamente humano. De ahí que una parte importante del pensamiento socialista seguía prefiriendo a Fourier sobre Cabet y Richard Owen.

¹ Los dos primeros artículos fueron publicados en la revista electrónica de *Sin permiso* en 2008. El tercero en *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global* (nº 100, FUHEM Ecosocial, Madrid, invierno 2008, pp. 53-61). El cuatro, una conferencia dictada en las IV Jornadas Claudio Rodríguez celebradas en 2010 con el título «El lugar de la utopía», fue recogida posteriormente en *Aventura. Revista anual del seminario permanente Claudio Rodríguez*, n. 3, 2011, pp. 10-24.

El segundo texto recogido está fechado en 1990. Las circunstancias y las esperanzas eran otras muy distintas tras la caída del socialismo irreal, muy pocos meses antes de la desaparición de la URSS. El capitalismo se sentía triunfador en la III Guerra Mundial y estaba a punto de anunciar el final de la historia. En el escrito, base de una conferencia impartida en un Instituto de secundaria de Valladolid, el autor de *Leyendo a Gramsci* hace un recorrido por las complejas y diversas relaciones entre ciencia y utopía en las tradiciones emancipatorias y defiende un uso de utopía asociado a una vuelta al primitivo concepto como ideal que el activista y el crítico social oponen a la glorificación positivista de lo existente. Fernández Buey nos recordaba entonces, como posteriormente en *Utopías e ilusiones naturales*, que en las primeras utopías renacentistas la acepción predominante de la palabra había sido positiva: república imaginaria, muchas veces identificada con una isla desconocida y lejana en la que regían principios y valores distintos, contrarios a los vigentes en las sociedades europeas.

Algunos de esos pensadores consideraron que si en la sociedad se había mantenido la opresión y la desigualdad hasta el siglo XIX, ello era debido al carácter incierto de las ciencias establecidas, de la metafísica, de la economía política y de la religión, «razón por la cual solían concluir plausiblemente postulando la necesidad de una *nueva ciencia* a la altura de los tiempos de la emancipación social». Tal fue el caso de Fourier. Y, con ciertas diferencias, añadía Fernández Buey, también el de Karl Marx. La obra de Fourier representaba, acaso mejor que ninguna otra, la dualidad característica del pensamiento utópico moderno: radicalidad en la crítica de la cultura o civilización burguesa, «hasta un punto que difícilmente ha vuelto a ser alcanzado más tarde», y minuciosidad, a veces excesiva, en la previsión de cada uno de los detalles de la sociedad futura. Pero, insistía, la aspiración a hacer ciencia de lo social era una aspiración que se podía encontrar lo mismo en Marx que en los mal llamados utópicos. Por lo demás, en su opinión, la obra de Marx perdía mucho de su pregnancia, del interés que el clásico tenía todavía para el lector de aquellos años, cuando se ocultaba «la enorme cantidad de pasos moralistas y proféticos que la recurren».

En el marco cultural euro-americano, matizaba en uno de sus últimos artículos, el discurso utópico había ido pasando de un género a otro a lo largo de la historia: de la narración íntimamente vinculada al viaje y al descubrimiento de un mundo nuevo (la forma canónica de la utopía en el siglo XVI) al ensayo de naturaleza socio-política en los siglos XVIII y XIX, y, más tarde, del ensayo a la literatura de

ciencia ficción o a la narración distópica desde la segunda década del siglo XX. Había indicios de que desde finales del siglo XX la forma principal de expresión del discurso utópico era la poética. Con una excepción que él conocía y compartía: el proyecto de investigación de la utopía real o concreta del Presidente de la American Sociological Association, su admirado Erik Olin Wright.